

PRIMER LUGAR

DEMOCRACIA 2.0.18: LA DEMOCRACIA PARA LA GENERACIÓN *MILLENNIAL*

Pablo de los Cobos Alcalá

Una breve anotación sobre la pertinencia de hablar de generaciones

¿Es correcto, desde una perspectiva sociológica-estadística-política, hablar de generaciones? Sí y, a la vez, no. Sí, porque hablar de generaciones permite abordar un campo del conocimiento: las tendencias que muestra una sociedad en relación a sus características de edad. No, porque usar generaciones tiende a generalizar y a contemplarlas como una cosa uniforme cuando son algo mucho más complejo y heterogéneo (Stein, 2013). Así pues, al momento de definir qué es una generación, o qué grupos de personas pertenecen a una, las organizaciones que las estudian siguen una serie de reglas que —más o menos— tienen la similitud de catalogar que una generación dura no más de 20 años; así-

mismo, hay similitud en que los estudios generacionales se concentran en zonas urbanas y semiurbanas de Norteamérica y Europa (aunque con la generación *millennial* ha comenzado un estudio diferenciado en países emergentes), y se enfocan en sus preferencias laborales, económicas y sociales, en sus modos de consumo, en la forma como viven, mientras comparan a las generaciones entre sí.

Sin duda alguna, la generación *millennial* ha despertado un gran interés por las grandes diferencias que muestra con respecto a sus antepasadas. El mundo ha cambiado mucho en el periodo en el que esta generación creció y entró al mundo laboral, político y económico. Una de las grandes interrogantes es cómo adecuar el sistema a las exigencias de *millennials*. Este ensayo analiza cómo puede coincidir esta generación con un sistema político que les parece anacrónico en sus formas, pero que en el fondo no sabe —ni sabrá, seguramente— lo que es vivir en una forma de gobierno que no sea una democracia.

1. Mitos, realidades y contexto de la generación *millennial*

En términos prácticos, las organizaciones que realizan estudios consideran como *millennial* a la generación que nació entre 1980 y el 2000; algunos estudios acortan el periodo. Pew Research Centre, uno de los *think tanks* que más ha realizado estadísticas de series de tiempo por medio de generaciones, considera que el periodo de edad más adecuado para esta generación es de 1981 hasta 1996 (Dimock, 2018). La firma Deloitte, puntera en el análisis *millennial*, lo considera de 1983 a 1994 (Deloitte, 2018, p. 3). Sin embargo, ¿realmente encuentran estas organizaciones dife-

rencias entre una persona que nació el 31 de diciembre de 1994/1996 y una que lo hizo el 1 de enero de 1995/1997? No, y con esto en mente es que este ensayo se presenta no como una apreciación clarificada de conductas, sino como una aproximación a un movimiento de tendencias más favorables hacia ciertos puntos, temas o valores culturales.

Lipovetsky (1979/2000, p. 49) considera que cada generación o sociedad tiene un ser mitológico al cual se asemeja. Él pronosticó, en los años ochenta, el surgimiento de una sociedad similar a Narciso. Según la revista *Time* (Stein, 2013) no se equivocó. Esta revista, en quizá uno de los artículos más influyentes en el tema, renombró a la generación *millennial* como *The Me Me Me Generation*. No solo eso, en el imaginario colectivo les presentó como una generación floja, egoísta y apática. Aunque también —cabe destacar— mostraba que estas ideas o prejuicios reflejan el miedo de generaciones mayores a una generación que presenta unas cualidades de solidaridad, preparación, destreza y conocimiento mucho mayores a las de cualquier otro tiempo de la historia contemporánea.

Ahora bien, a veces en los análisis se confunde a una generación en abstracto con una generación en un tiempo particular de su vida. Costanza (2018) analizó a las generaciones en diferentes etapas de su vida, y llegó a la conclusión de que la generación *millennial* trabaja ligeramente más y es menos narcisista que la generación X o la generación de *Boomers*, tanto si la comparación se realiza actualmente como si se realiza mediante un contraste de cuando ambas generaciones comenzaban su mayoría de edad. Sin embargo, este mismo análisis considera que una diferencia que sí es particular de esta generación —y todo indica que de las subsecuentes— es que, al haber crecido en la globalización y la exportación de la cultura occidental, son más similares

entre sí de lo que las anteriores generaciones lo eran, lo cual ayuda al momento de intentar entenderla.

La generación *millennial* crece en un mundo donde se desmorona la URSS y, de acuerdo con Fukuyama (1992), se da *el fin de la historia*, donde las sociedades caminan hacia un estilo único social y económico sin ideología. Asimismo, esta generación crece en el periodo de consolidación de la globalización, lo que implica un intercambio de comunicación, personas, bienes e ideas en todo el globo. La tecnología crece de forma exponencial e internet llega a un sinnúmero de hogares mientras modifica la forma en la que las personas se relacionan: hacia una cultura en red que rompe con jerarquías. A las personas de esta generación, les toca vivir de forma joven la crisis económica de 2008–2009, parteaguas hacia un periodo de desigualdad mundial creciente.

Por otro lado, en el contexto mexicano esta generación vive el inicio de la nueva época democrática del país; crece viendo transiciones de gobierno, congresos divididos y pluralidad de partidos; crece con la implementación del TLCAN y sale al campo laboral en un periodo de gran inseguridad y descontento ante la corrupción (que no solo es un fenómeno mexicano, sino mundial, acrecentado en América Latina). Para el año 2025, esta generación representará 75% de la fuerza laboral en el mundo (Gutiérrez-Rubí, 2015, p. 161). Para las elecciones federales de 2018 se estima que 50.5% del padrón electoral corresponda a personas de la generación *millennial*, es decir, más de 43 millones de posibles electores (INE, 2017).

Es un hecho que hoy por hoy y en años venideros, esta generación contará con un peso considerable. No obstante, hay una crítica hacia esta generación por ser apática, tanto en la política, como en las empresas. En el mundo laboral de

países emergentes hay una tendencia hacia trabajos diversos y hacia el emprendedurismo; por el lado de la política, hay un alejamiento. Según Deloitte (2018, p. 13), la generación *millennial* confía más en las empresas que en el gobierno. Esto no es sorprendente: las empresas, particularmente las que hacen uso de tecnología, han sabido relacionarse mejor con esta generación; no así los grupos políticos.

Enrique Krauze (2012), en un artículo donde critica fuertemente a *millennials*, les reprocha el ser una generación que sabe qué no quiere, pero no qué sí quiere; sabe indignarse, pero no proponer; sabe criticar, pero no construir; este argumento hay que tomarlo con pinzas. En efecto, es una generación alejada, es una generación que señala, es una generación no concisa en sus planteamientos; pero esto puede ser explicado por el momento histórico en el que le toca vivir, del cual no puede desprenderse: vive en la época *líquida de la modernidad* de Bauman, del posmodernismo o del capitalismo tardío, donde pareciera que las personas de esta generación están en una sesión de terapia analizando el rumbo que han tomado, están deconstruyéndose, sus planteamientos viven fluctuando, sus fenómenos emergen rápidamente para ser conocidos por todo el mundo y, al día siguiente, desaparecer de la discusión pública.

Asimismo, viven en una época donde las instituciones no evolucionan con la rapidez que el tiempo les exige. La generación *millennial* viene de la democracia del papel, de la ceremonialidad, de los tiempos de oficina y de la relación vertical. Estos conceptos eran novedosos porque daban garantía que permitía el desarrollo de la técnica desde una perspectiva bastante weberiana de la burocracia. La legitimidad se encontraba en las formas: una democracia la ganaba quien obtuviera más votos, así de simple. La firma era indispensable para garantizar una petición. La actuación

tenía que estar detallada en la ley. Ante esta necesidad de cambio inminente, ¿qué hacer? Ante la urgencia de volver a la democracia tan (o más) vigente como sea posible, ¿qué proponer? Ante el alejamiento, la apatía y el desdén, ¿cómo volver a seducir para participar?

2. Problemática: «la clase política no nos representa»

Para autores como Ostrom (1973, p. 71), existe una pugna entre los gobiernos burocráticos y los gobiernos democráticos. Ambos gobiernos tienen características similares como que cualquier persona cualificada puede gobernar, que las decisiones más importantes se dejan para la colectividad, así como la restricción de un poder de comando al mínimo y el entendimiento de las personas gobernantes como servidoras, no como amas. Pero se diferencian, entre otros aspectos, en la apertura que dan a la ciudadanía política en los temas de la administración. Pareciera que México ha optado más por un gobierno burocrático de formas que por uno en donde la ciudadanía interactúe de forma constante y permanente con el gobierno, con el gobierno democrático. La generación *millennial*, por la forma en la que entiende la interacción social, exige un gobierno democrático con altos estándares de participación ciudadana, que no considere los valores burocráticos y formales como los principios rectores, sino la transversalidad, el diálogo y el fondo. ¿Con base en qué se sostiene lo anterior?

Primeramente, en entender que las formas del pasado no pueden continuar siendo exigidas. En el mismo artículo citado arriba, Krauze (2012) recriminó al movimiento #YoSoy132 el no haberse convertido en un partido político.

Bajo la vieja lógica de la democracia esto tiene sentido; bajo la nueva, no. La forma de hacer política hoy en día es más contractual, lo que permite una flexibilidad mayor. Ya no son necesarios estatutos que definan la posición del partido (por ejemplo, con respecto al IVA en medicinas). Ya no. Hoy se requiere un análisis con especialistas multidisciplinarios/os para definir la votación de un proyecto de ley. La política de hoy es más exigente, y esa exigencia hace que su compromiso sea más volátil; la política es incluso promiscua, ya no cree en un partido político, cree en poder estar con unas y otras personas, según el contexto y el alcance que puedan tener sus políticas públicas. Las personas creen en cambiar la opinión del voto de un día para otro; creen en poder criticar a todas las opciones abiertamente. Haber tenido el partido #YoSoy132 no hubiera respondido adecuadamente a la naturaleza propia del movimiento.

En el mismo sentido, Gutiérrez-Rubí (2015, pp. 162, 166) demuestra que esta generación es más independiente políticamente, pero tiene tendencias hacia ciertos puntos: la honestidad y la rendición de cuentas son algo incuestionable que si no existe puede implicar una falta total de diálogo, es decir, hay temas que no están sujetos a la negociación, pues son las bases para poder construir. La poca confianza en los partidos políticos, derivada de sus bajos estándares de transparencia, les han alejado de esta generación. No puede haber diálogo si antes no garantizan mínimos; esta generación es más exigente al respecto.

En el mismo sentido, en Estados Unidos esta generación prefiere al Partido Demócrata no por una afinidad, sino porque rehúsan el conservadurismo del Partido Republicano en ciertos temas. En el Reino Unido querían quedarse en la Unión Europea, y en Colombia querían la paz. En México, para las elecciones de 2018, hay mayor indecisión del voto

que con respecto a otras generaciones; asimismo, AMLO tiene una alta incidencia de voto en esta generación donde, incluso, es el segmento poblacional en el que mejor le va. Por el contrario, el PRI es donde menos consigue votos (Toussaint, 2018).

Al analizar estos procesos queda claro qué no quieren: no quieren exclusión, no quieren aislarse. Pero no queda del todo claro qué quieren específicamente: quieren paz y quieren cambio, pero ¿qué quieren concretamente? Quizá no lo sepan y tampoco hay una opción que les haya encantado. De este sentimiento viene una de las frases que más se escucha recientemente: «la clase política no nos representa». En pocas palabras, la oferta política no les convence. Pero eso sucede con muchas grandes instituciones. La generación *millennial* puede creer en Dios, pero no por eso irá a misa. La relación entre una gran institución y una persona *millennial* es difícil de materializarse (Stein, 2013).

Lipovetsky (1979/2000, p. 118) habla que la sociedad posmoderna es una sociedad donde la individualización ha jugado un gran papel. No una individualización de aislamiento, sino una individualización donde la formación personal está compuesta de todos lados y se elige libremente por el individuo. Asimismo, esta sociedad vive en una economía del autoservicio, por lo que la política también así lo es (y será) cada vez un poco más: se toma un poco de aquí, un poquito de allá, se cree en esto, pero no completamente. Esto hace que no existan ideologías ya, hace que una estructura política no pueda absorber a la gran variedad de intereses que existe hoy en día; es imposible y ya no es factible aspirar a ello.

3. Alternativas

La generación *millennial* es ya la generación con el mayor peso político; sin embargo, esta generación está desencantada de la democracia actual. Por lo tanto, se puede aceptar que uno de los desafíos de la política actual es acercar a esta generación a los procesos democráticos (Gutiérrez-Rubí, 2015, p. 167). Pero para acercar a esta generación hay que seguir modelos más participativos que les den un mayor poder de deliberación y de decisión. En lo subsecuente, este capítulo analizará (3.1) al gobierno democrático visto desde la interacción de la ciudadanía con el gobierno; (3.2) posteriormente, hablará sobre las formación de opiniones de políticas públicas que serán de vital importancia para armonizar el sistema político con esta generación; (3.3) por último, argumentará sobre la necesidad de comprender que las persona que formarán en su mayoría a la burocracia serán parte de la generación *millennial*, con lo que un enfoque adecuado a este grupo, bajo una perspectiva de sus intereses, ayudará a mantener con estabilidad a las instituciones.

3.1. Gobiernos democráticos participativos

En lo relativo a la participación, hay que aclarar que no es solo participación y ya, porque esto ha permitido que la formalización de este término lleve a configurar diálogos que desincentivan los valores en los que cree esta generación. No es solo invitar y dar a conocer un proyecto, no es solo conformar grupos, sino que es adentrarse verdaderamente en las dinámicas de una comunidad para que verdaderamente decidan y deliberen. Es entender los tiempos de las personas, sus formas de expresión, sus intereses y tratar de

leer las señales que están en el fondo de su actuación o de la falta de la misma.

Esta generación, víctima de la liquidez de su época, puede parecer apática un día y la más involucrada al siguiente. Un día ocupan Wall Street, otro día derrocan a un dictador en Medio Oriente, y al otro son la sociedad más organizada al haber un sismo. Esto comunica que no es una generación apática, es una generación coyuntural que sale e interactúa cuando lo considera importante y que estas interacciones pueden iniciar y desaparecer muy rápido: viven en la política del *happening*. En esta política no hay líderes, no hay ideales, no hay pilares. Lo que se busca es un aire de regeneración: un aire de regeneración flexible. Esta flexibilidad no es propia de la política: así como el mercado es flexible y de autoservicio, las relaciones humanas son cada vez menos formales también. Netflix ha triunfado porque no dice qué ver, da una serie de opciones y en el momento en el que la persona usuaria quiera puede elegir. Esto también ha dado lugar a una economía de bienes compartidos, donde quien tiene la inteligencia para hacer confluir de manera fácil a personas tiene el poder, aunque no posea nada. Para resumir este párrafo: la sociedad de hoy busca el acceso, no la propiedad (Colao, 2012).

Asimismo, diversas/os autoras/es han desarrollado ideas de democracia deliberativa donde se permite a las personas acceder a la toma de decisiones sin que sean quienes *poseen* la capacidad de hacerlo. Uno de los grandes beneficios de este tipo de democracia de tinte más participativo es su entendimiento de la legitimidad. Anteriormente, bajo el concepto *weberiano*, bajo una democracia racional, un gobierno conseguía la legitimidad cuando cumplían las formas. Si había elecciones donde los partidos cumplían con lo que marcaba la ley, la sociedad aceptaba que la persona

que consiguió más votos gobernaría y le daba comunitariamente un cheque en blanco. Ahora la legitimidad ya no está ahí. El sistema electoral mexicano es envidiado por muchos países del mundo por su garantía de confiabilidad, y aun así las instituciones políticas tienen niveles bajos de legitimidad política. En México, solo el 6% de la población considera que el sistema democrático es *muy bueno* para el país y un 34% considera que es malo (Wike, Simmons, Stokes y Fetterolf, 2017).

Ante ello, la democracia participativa permite entender que la legitimidad no se otorga, sino que se construye. La legitimidad de una política pública no aparece mágicamente porque una persona fue electa; por el contrario, la legitimidad se construye cuando se da el diálogo con personas especialistas, cuando se abre la propuesta a la ciudadanía para que pueda opinar y enriquecerla, para que pueda vigilarla y expresar si le parece adecuada o no. La generación *millennial* quiere pasar de una democracia binaria donde solo digan: «sí puedes gobernar» o «no puedes gobernar» a una donde la democracia se entiende con calidad. Esto quiere decir que puede haber gobiernos más o menos democráticos con base en la forma que la sociedad influye en su actuar.

Estos procesos tampoco son la panacea. Es simplemente una alternativa que enriquece las formas ya dadas de los gobiernos y de las democracias. No hay fórmulas mágicas, realmente son principios que buscan adecuarse a las diferentes comunidades y toman como base los recursos disponibles, el interés, la cohesión social, la coyuntura, el tamaño de la comunidad. Pero lo cierto es que aceptan que una indiferencia social que está comunicando algo, y que ante ello propone menos política y más comunicación, menos coercibilidad y más permisividad, menos saturación de información y más pedagogía democrática (Sobrino, 2016).

3.2. Políticas públicas

Con la claridad de que las formas en la política tienen que cambiar para tener mayor legitimidad, ahora el punto será qué temas o conflictos deberán de ser abordados para elevar los estándares de la democracia. De entrada, cualquier tema puede ser abordado por esas técnicas; algunos permitirán mayor consenso comunitario como las obras de embellecimiento de una colonia, y habrá otros donde será más complicado, como los elementos de la política de seguridad en contra del narcotráfico. Bajo las ideas de Christensen (2007, p. 15) es que este ensayo parte de la premisa de que las políticas públicas no solo son un diseño que se buscará implementar en un futuro, sino que también consideran elementos valorativos que ponen temas en la agenda a partir de los cuales se diseñan planes de acción; es decir, las políticas públicas también se encargan de formar opiniones de los temas relevantes en una sociedad. Así pues, en este subapartado se tocan temas que requieren un cambio de paradigma en muchas de sus concepciones: 1) ciudadanía, 2) derechos humanos, 3) precariedad laboral, 4) temas de espectro y 5) elecciones.

1) Primeramente, «es necesario encontrar nuevas concepciones de la ciudadanía [dado que] el 97% de la ciudadanía [a nivel mundial] es heredada» (Dasgupta, 2018). Esta herencia es explicada porque generalmente una persona nace donde nacen sus madres/padres. Solo en 3% de los casos es diferente. Esto implica que la ciudadanía, uno de los aspectos que más determina el acceso a bienes y servicios, está determinada por el lugar en el que las personas nacen, pero también por el lugar en el que nacieron sus antecesoras/es. Hace muchos años, esta situación no era algo que sorprendiera a muchas personas, pero hoy en día

la movilidad de personas a lo largo del globo tiene cifras que nunca antes se han visto; por ejemplo, alrededor de 68.5 millones de personas refugiadas tuvieron que desplazarse por la fuerza en 2017 (ACNUR, 2017, p. 2). Ya sea por motivos económicos, de refugio o por decisión propia, las personas han demostrado que las fronteras son, más que nunca, una construcción social. Esta movilización implica que alguien que nació en un lugar, cuya familia es de ese mismo lugar, puede viajar y vivir en otro país.

Un ejemplo para clarificar lo anterior: un mexicano del campo del Bajío decide irse a vivir a Chicago al cumplir 16 años. Tiene tres hermanas allá, a su madre y varias/os sobrinas/os y hasta nietas/os. Se casa en Chicago, tiene una hija, ahí vive su padre y su otro hermano. ¿En qué comunidad le importará influir a esta persona: en Chicago o en Guanajuato? ¿Nuestra ciudadanía debería de ser del lugar donde nacimos o del lugar donde vivimos? En ambas: en una nació y están sus raíces, en la otra trabaja y tiene a su familia más cercana.

Lo cierto es que, hoy en día, la ciudadanía es la que dice el pasaporte. No hay más. Si se es una persona de México, se puede votar por los procesos de México sin importar el lugar en del mundo en el que se viva, lo cual es un gran paso que hay que fortalecer. No obstante, si bien México no es un país con un gran porcentaje de personas extranjeras, lo cierto es que viven 1,220,000 personas que nacieron en otro país (Pew Research Center, 2018). Ante la dureza de las políticas de Trump y el caos político de Venezuela, es posible esperar más personas asentándose en México. ¿Qué tanto las instituciones les han permitido a estas personas influir en las políticas que les afectan? Muy poco. Aunque vivan en el país, colaboren en él, paguen impuestos, sean parte de la comunidad, están relegadas a un segundo plano en lo que a influencia política se refiere.

Ante lo anterior, será de vital importancia encontrar formas que permitan la participación tanto electoral como deliberativa de personas extranjeras que no tengan la nacionalidad mexicana en los procesos políticos del país. Esto también facilitará la participación de personas que viven *legalmente* en un lugar, pero interactúan en otro también. ¿Qué tendrán que decir los habitantes de Estado de México sobre la política de movilidad de Ciudad de México? Muchísimo. Hay que comenzar a entender menos a los procesos democráticos con controles de forma para dar legitimidad, para pasar a un entendimiento plural y flexible de la sociedad donde el gobierno pueda ser el articulador de los múltiples intereses que interactúan sin importar el país/dirección que está asentado en el documento de identidad de la persona que representa ese interés.

2) Desde la reforma constitucional del año 2011 que garantiza una visión más progresista de los derechos humanos, este tema se ha vuelto indispensable para cualquier institución pública del país. Asimismo, la sociedad actual vive en una época de gran difusión de derechos, por ejemplo, los de las mujeres, los de la comunidad LGBTI+, los de las comunidades indígenas, los de las personas mayores, entre otros. Varios esfuerzos ya se han hecho como las cuotas de género en los puestos legislativos, ahora también en los ejecutivos, los protocolos de actuación del INE hacia personas trans o personas con alguna discapacidad.

Sin embargo, todavía existen temas que deberán de ser revisados. Primeramente, es de vital importancia comenzar a migrar hacia sistemas en los que las mujeres estén bien representadas, ya no solo en espacios legislativos, sino en gabinetes, áreas de dirección y que los puestos ejecutivos también apuesten por mujeres en los lugares con mayor recursos y mayor población. Si bien actualmente México es

un país envidiado por muchos otros por la alta representación que hay de mujeres en los congresos, hay estados donde no hay mujeres en sus gabinetes, como Yucatán, y otros donde solo hay una, como Guanajuato, Chiapas y Tlaxcala (Nakamura, 2018). En toda nuestra historia no ha habido una presidenta, y para las elecciones de 2018 solo en Ciudad de México hay una competencia y posibilidad de mujeres por contender al cargo ejecutivo a nivel de gubernatura.

Por otro lado, la democracia no es el imperio de la mayoría, sino el poder difuso donde hay una representación plural de intereses y el reconocimiento de minorías. A pesar de lo anterior, sigue habiendo grupos minoritarios que no han sido adecuadamente representados. A la comunidad LGBTI+ se le sigue viendo como una minoría sin derechos, una minoría discriminada: es increíble que en pleno 2018 haya candidatos que hagan campaña con base en decir que no reconocerán sus derechos. Asimismo, las comunidades indígenas, a pesar de ser bastante numerosas, no tiene una representación adecuada en ningún gobierno. Hay países como Colombia que han optado por tener curules especiales para que las comunidades indígenas elijan directamente. México debería de optar por estas alternativas.

En sí, el poco involucramiento de las personas de a pie en las políticas públicas ha dado lugar a que no vayan dirigidas para ellas. Es poco factible que desde un escritorio se pueda decidir una buena política de movilidad, ya que generalmente no están diseñadas para personas con alguna discapacidad y tienden a favorecer a personas con las características del/la funcionara/o que decide. Cambiar las formas también permitirá a las instituciones acercarse a una visión más viva de la Constitución en los procesos cotidianos.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con la generación *millennial*? Lipovetsky (1987/2013, p. 314) responde que a pe-

sar de la creencia popular de que se vive en tiempos relativistas y desordenados, lo cierto es que ahora hay consensos mínimos, y esos consensos mínimos se refieren a la pluralidad y libertad con la que se reconoce la sociedad. Esta generación es una generación que, al ser más libre, tiene como valor que solicita que se garantice esa libertad de ser diferente, esa libertad de que los atributos que constituyen la personalidad no sean obstáculos para una adecuada garantía de los derechos humanos.

3) Relacionado con el punto anterior, uno de los temas que afecta a toda esta generación es el de la precariedad laboral: se estima que las personas de la generación *millennial* recibirán una pensión de \$2,000 pesos al mes (Notimex, 2018). Asimismo, las condiciones laborales de economía compartida y de mayor flexibilidad (contratos vía *outsourcing*, temporales y opciones *freelance*) han hecho que esta generación no acceda como las anteriores a seguridad social. Sin duda alguna, es un tema complicado en el que la garantía de un derecho se contrapone con su viabilidad financiera. No obstante, dejar pasar este tema y no atacarlo desde mucho antes, será una bomba que explotará y podrá afectar a la generación más numerosa que hasta ahora haya visto México.

4) El cuarto tópico es *temas de espectro*. Se titula así por la razón de que vivir en la época de la globalización ha hecho que sea muy difícil diferenciar entre lo público y lo privado. Este título parte de la idea de Christopher Wylie en una entrevista para *El País* (2018). Al tener los gobiernos centrales de los países un poder para mover la economía, los trabajos, la seguridad y ser los intermediarios por excelencia entre países, la diferenciación entre lo público y lo privado no era tan compleja. Pero hoy en día hay entes que son los encargados de definir cómo se garantiza un derecho

humano como la información: Facebook o Alphabet. Hay entes que están encargados de definir qué rumbo tomará la próxima revolución tecnológica: la inteligencia artificial y la manipulación genética. Y es prácticamente imposible regular a estas industrias porque actúan en todo el mundo, tienen mayor poder que casi cualquier gobierno e interactúan en situaciones de las que ni siquiera se sabe lo que hacen a menos que haya un escándalo como el caso de Cambridge Analytica.

Hay dos grandes posturas en este aspecto: hay quien le apuesta a la regulación, aunque implique una carga al desarrollo tecnológico, y la de quienes apuestan a desregular ante la incapacidad de poderlo hacer. Son temas delicados de la humanidad que implican un gran riesgo potencial futuro. La cuestión es qué tanto la sociedad está dispuesta a tolerar ese riesgo mientras implique continuar con la vida que se tiene y se tendrá en un futuro. La respuesta no está dada, pero, así como con el tema de la precariedad laboral, es necesario que la democracia comience a relacionarse con estos temas que pertenecen a este espectro de lo público-privado que, aunque son actuados por privados, afectan a lo público.

5) Por último, el tema de las elecciones. Generalmente, hay un error al asociar el término democracia como similar al tema electoral. No es así, el tema electoral es uno de los muchos que componen al democrático. Es, quizá, el ejercicio más representativo de la democracia, el que concentra en un periodo mucho de lo expuesto anteriormente, y en el que más claramente se dilucida el sentir de la comunidad. No es poca cosa, es la forma que mejor ha encontrado la sociedad para evitar conflictos entre grupos; asimismo, ha permitido tener continuidad en las instituciones sin caer en monopolios de poder y permitir que se regenere cualquier

cuadro a lo largo del tiempo. Y si bien las elecciones son uno de los pilares que construyen la democracia de cualquier país, lo cierto también es que estos pilares son menos compartidos por la generación *millennial*.

Ya sea por su juventud, ya sea por las tendencias de la globalización o por su cultura en red, la generación *millennial* prefiere ciertos temas sobre otros: preferían a Clinton sobre Trump, preferían la paz sobre la guerra en Colombia, preferían a la Unión Europea sobre el *Brexit*. No por poco, sino por una amplia mayoría de dos terceras partes. Mosendz (2016) estima que, si esta generación hubiera votado como las otras, ninguno de los anteriores resultados hubiera sucedido, aunque inundaron las redes, no salieron a votar: fueron las/os grandes perdedoras/es. Una de las mayores complicaciones de las encuestas es determinar el grado de participación del electorado para determinar las preferencias. Aunque cierta candidatura tenga una gran intención de voto en la generación *millennial*, habrá una diferencia a la proporción que votarán en comparación a otras generaciones.

México tiene una tasa de participación general promedio de 65% (INE, 2012, p. 5). No es mala pero tampoco es excelente. Lo preocupante es que esa tasa que lleva varios años creciendo es más baja en la generación *millennial*, por lo que se estima que pueden llegar a revertir esta tendencia. Además de contemplar los mecanismos que vinculen más al gobierno con la ciudadanía, tocar temas de interés para esta generación y de mejorar la comunicación política, será también necesario incorporar, no sustituir, el sistema electoral hacia uno que garantice mayor participación.

Hoy en día, la generación *millennial* expresa su descontento en redes, soluciona problemas por medio de clics, y se comunica por medio de datos encriptados. ¿Por qué las elecciones no podrían adecuarse a esta nueva forma de

interacción? Actualmente suena costoso. Es cierto, pero también en las elecciones de 2018 hay un gasto extra tan solo para partidos políticos de alrededor de 2,148 millones de pesos (Navarro, 2018). Si cada cierta elección se destina un porcentaje de ello para incorporar mecanismos que permitan el voto electrónico, se podrá en un cierto tiempo considerarlo como parte de las elecciones. Será importante considerar la realidad del país, no pensar en migrar hacia una implementación total de este sistema, pero sí que exista de forma complementaria al tradicional. Permitirá, al largo plazo, ahorrar dinero, esfuerzo y logística; dará mayor credibilidad si está bien diseñado y facilitará la participación de una generación que entiende a la tecnología como parte de su vida.

El registro de una persona al padrón electoral podrá estar acompañado de datos electrónicos asegurados, como hoy en día lo hace el SAT. Incluso puede haber coordinación entre dependencias para claves únicas electrónicas que faciliten el acceso a ciertos servicios y que permitan expresar el voto. Asimismo, podrán estar ligados a plataformas de participación ciudadana que reflejen el apoyo a ciertas políticas públicas. El potencial de estos mecanismos es bastante grande, siempre y cuando, repito, se considere la realidad del país: un país donde no todo es Zapopan, la Benito Juárez o San Nicolás de los Garza.

3.3. Burocracia *millennial*

Deloitte, junto con otras organizaciones, ha desarrollado estudios muy precisos sobre los cambios que las empresas deberán de realizar para retener a personas *millennials* si no quieren gastar de más por nuevas contrataciones o quieren

mantener a los mejores cuadros dentro de sus equipos de trabajo. Han hablado de flexibilidad de horarios, desregular cuestiones de vestimenta, tener mayor horizontalidad en los proyectos, no abusar de la carga de trabajo a las personas o inmiscuirse en sus horarios personales. Varias empresas lo han hecho, con resultados que demuestran la pertinencia de esos cambios.

Sin embargo, aunque ha habido algunas modificaciones, estos cambios no han permeado en la burocracia. Se espera cierta formalidad de un gobierno, que cumpla con horarios, que las personas que te atiendan se identifiquen, que estén en el lugar de su trabajo para garantizar que estén haciendo lo mismo; pero eso pareciera ir en contravención de los estándares laborales que el mercado está ofreciendo. Ante ello, será de vital importancia reconsiderar que las personas que trabajan en la administración pública podrán elegir entre una empresa privada que le ofrece condiciones que les dan un equilibrio en su vida y una oficina gubernamental atada a siglos anteriores. Si la persona no tiene un gran deseo de contribuir a su comunidad a través del gobierno, será más probable que opte por la iniciativa privada, con lo que la burocracia se estará perdiendo de personas con altas capacidades que podrán ayudar a dar servicios de forma más eficaz, transparente, moderna y eficiente.

4. La generación del *zapping*: la generación z o Igeneration

Si bien hoy en día gran parte de la discusión generacional se centra en las/os *millennials*, cuando las medidas comiencen a afianzarse a esta generación, ya estará ahí la generación Z. Es difícil hablar de esta generación ya que las personas más

jóvenes de la misma apenas están cumpliendo la mayoría de edad. No obstante, hay inferencias que pueden hacerse de los pocos estudios que se han realizado y del contexto en el que les ha tocado vivir y crecer. Esta generación se parece más a la *millennial* que la *millennial* a la X. Es una generación que desde que nació estuvo inmersa en la globalización, que a partir de nivel de calidad de vida ha tenido contacto con tecnología y que no entiende una vida sin ella. Esto ha hecho que la rapidez de su comunicación no dé lugar a los formalismos clásicos. Asimismo, la cantidad de contenido tecnológico que se genera a cada momento, ha hecho que su capacidad de retención sea mínima: de ocho segundos, es decir, para que haya comunicación con una persona de la generación Z, y que no pase de un contenido a otro por considerarlo aburrido, se tiene menos de ¡ocho segundos! (de Barba, 2016).

De igual forma, esta generación es más proclive al *multi-tasking*. La atención plena y concentrada en un tema por un periodo de tiempo es prácticamente imposible de lograr. ¿Cómo harán las instituciones para tener una comunicación política que tome en consideración esto? Al desformalizar la comunicación. Ahora, desformalizar la comunicación no implica que no haya comunicación formal que cumpla con estándares legales, solo implica también considerar nuevos mecanismos de comunicación política que lleguen a un mayor número de la población. De manera complementaria, también esta generación, de la que se dice será la última de la que las organizaciones podrán generalizar (Stein, 2013), estará más inmersa en la lógica de las *cámaras de eco*. Esto quiere decir que sus creencias se refortalecerán solas por el contenido que consumen en redes. Para lograr debates que partan de la confrontación de ideas, habrá que reconocer los alcances limitados de la

confrontación directa, y cambiar el paradigma hacia uno que mantiene las emociones al margen, que intente demostrar con hechos y que parta del reconocimiento mutuo para generar empatía (Shermer, 2018).

Por último, si bien esta generación será progresista en aspectos morales como la generación *millennial*, serán más liberales en temas económicos derivado del contexto de incertidumbre financiera en el que han crecido. Será una generación que emprenda más y que pida menos regulaciones gubernamentales, creará más en sí que en la redistribución de ingresos. No serán una generación que intente vivir su vida a través de experiencias, como la *millennial*, sino que apostarán a la seguridad económica.

Conclusiones

A lo largo de este ensayo se ha argumentado sobre la crisis de relación entre la democracia y la generación *millennial*. Gran parte de este descontento parte de los nuevos valores que esta generación defiende: transparencia, procesos horizontales, rapidez, apertura, diálogo. Sin embargo, las instituciones no han podido cambiar a la exigencia que se les exige. Ante ello, es de vital importancia considerar aspectos que los sistemas políticos deberán cambiar para adecuarse a su tiempo y no caer en crisis que lleven a una deslegitimización grande que pueda acarrear consecuencias no deseables.

Por ello, este artículo propuso tres acciones fundamentales: 1) abrir mayores canales de participación en las instituciones para nutrir nuestra democracia representativa con una democracia participativa y deliberativa. Esto bajo el argumento de que la legitimidad hoy no solo se entiende como la formalización de los procesos para dar garantía,

sino que la legitimidad recae cada vez más en el fondo y en la apertura que se muestre para llegar a ese fondo. De manera complementaria a estos procesos participativos, este texto también propuso 2) la formación de temas que son relevantes para la generación *millennial*, a pesar de estar subsumidos a otros temas de la agenda pública. Son temas que tienen que ver con la pluralidad con la que ven el mundo y con los cambios tecnológicos y de comunicación que este grupo de personas presenta. Asimismo, este ensayo consideró 3) la otra parte de la democracia que pocas veces se toma en consideración: la de las personas que hacen la democracia todos los días en su puesto de trabajo. Para que las personas duren en su trabajo y las instituciones no pierdan talento y el desarrollo de las personas que colaboran en ellas deberán de adaptarse a las exigencias de mercado que solicita esta generación, a saber, mayor flexibilidad, trabajos a distancia, horizontalidad, multidisciplinarietàad, entre otras.

Por último, se abordó el tema de la comunicación política, y de los cambios vertiginosos que toma esta área para poder ser eficaz en transmitir sus contenidos. Además, todo indica que será todavía más difícil la comunicación con la Generación Z, por lo que entender las preferencias, intereses y valores de las generaciones será un pilar de la construcción de una democracia, pero no solo de una democracia en forma, sino de una democracia de fondo, una democracia de calidad, una democracia del siglo XXI.

REFERENCIAS

- ACNUR (2017). Tendencias globales. Desplazamiento forzado en 2017. <http://www.acnur.org/5b2956a04.pdf> [Recuperado el 22 de junio de 2018].
- Barba, Georgie de (2016). «7 características de la generación Z», *Entrepreneur*. <https://www.entrepreneur.com/article/268023> [Recuperado el 1 de mayo de 2018 de].
- Christensen, Tom *et al.* (2007). *Organization Theory and The Public Sector: Instrument, Culture and Myth*. Abingdon, Oxon-New York: Routledge.
- Colao, J. J. (2012). «Welcome to The New Millennial Economy: Goodby Ownership, Hello Access», *Forbes*. <https://www.forbes.com/sites/jjcolao/2012/10/11/welcome-to-the-new-millennial-economy-goodbye-ownership-hello-access/#7b26e4fe74ab> [Recuperado el 25 de abril de 2018].
- Costanza, David (2018, 13 de abril). «Can We Please Stop Talking About Generations as if They Are a Thing?», *Slate*. <https://slate.com/technology/2018/04/the-evidence-behind-generations-is-lacking.html> [Recuperado el 3 de mayo de 2018].
- Dasgupta, Rana (2018). «The Demise of the Nation State», *The Guardian*. https://www.theguardian.com/news/2018/apr/05/demise-of-the-nation-state-rana-dasgupta?CMP=share_btn_fb [Recuperado el 1 de mayo de 2018].
- Deloitte (2018). Deloitte Millennial Survey. <https://www2.deloitte.com/mx/es/pages/about-deloitte/articles/en->

- cuesta-millennial-2018.html#%20- [Recuperado el 22 de abril de 2018].
- Dimmock, M. (2018, 1 de marzo). «Defining Generations: Where Millennials End and Post-Millennials Begin», Pew Research Center. <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2018/03/01/defining-generations-where-millennials-end-and-post-millennials-begin/> [Recuperado el 1 de mayo de 2018].
- Fukuyama, Francis (1992). *The End of History and the Last Man*. New York: Avon Books.
- Gutiérrez-Rubí, Antoni (2015, junio). «La generación Millennials y la nueva política», *Revista de Estudios de Juventud*, no. 108. pp. 161-169. http://www.injuve.es/sites/default/files/2017/46/publicaciones/revista108_12-generacion-millennials-y-la-nueva-politica.pdf [Recuperado el 11 de abril de 2018].
- Instituto Nacional Electoral (2012). *Estudio censal de la participación ciudadana en las elecciones federales de 2012*.
- (2017). Estadísticas: Lista Nominal y Padrón Electoral. http://portalanterior.ine.mx/archivos3/portal/historico/contenido/Estadisticas_Lista_Nominal_y_Padron_Electoral/ [Recuperado el 10 de junio de 2018].
- Krauze, Enrique (2012). «Hace falta un nuevo partido político: limpio, visionario, moderno», *Letras Libres*. <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/un-partido-los-jovenes> [Recuperado el 15 de mayo de 2018].
- Lipovetsky, Gilles (1979/2000). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- (1987/2013). *El imperio de lo efímero*. Ciudad de México: Anagrama.
- Mosendz, Polly (2016, 9 de noviembre). «What This Election Taught Us about Millennial Voters», *Bloomberg*. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2016-11-09/>

- what-this-election-taught-us-about-millennial-voters [Recuperado el 1 de junio].
- Nakamura, Ángel (2017). «Los gobernadores que se olvidaron de las mujeres en su gabinete», *Nacion321*. <http://www.nacion321.com/gobierno/los-gobernadores-que-se-olvidaron-de-las-mujeres-en-su-gabinete> [Recuperado el 2 de mayo de 2018].
- Navarro, María Fernanda (2018). «México tendrá en 2018 las elecciones más caras de su historia», *Forbes*. <https://www.forbes.com.mx/mexico-tendra-en-2018-las-elecciones-mas-caras-de-su-historia/> [Recuperado el 20 de mayo de 2018].
- Notimex (2018). «Millennials obtendrán pensiones de \$2,000», *El Economista*. <https://www.economista.com.mx/finanzaspersonales/Millennials-obtendran-pensiones-de-2000-20180326-0070.html> [Recuperado el 11 de junio de 2018 de].
- Ostrom, Vincent (1973). *The Intellectual Crisis in American Public Administration*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Shermer, Michael (2018). «Solo te creeré si me dices lo que quiero oír», *El País*. https://elpais.com/elpais/2018/01/26/ciencia/1516966815_366077.html [Recuperado el 13 de mayo de 2018].
- Sobrino, Armando (2016). «Réplica a “Apuntes para una mejor Wikipolítica”», *Medium*. <https://medium.com/@armandosmh/r%C3%A9plica-a-apuntes-para-una-mejor-wikipol%C3%ADtica-979c7301d2c7> [Recuperado el 1 de junio de 2018].
- Stein, Joel (2013). «Millennials: The Me Me Me Generation», *Time*. <http://time.com/247/millennials-the-me-me-me-generation/> [Recuperado el 21 de abril de 2018].

- Toussaint, Enrique (2018). «A la caza del *millennial*», *Informador*. <https://www.informador.mx/suplementos/A-la-caza-del-millennial--20180407-0120.html> [Recuperado el 9 de abril de 2018].
- Wike, Richard et al. (2017). «Democracy Widely Supported, Little Backing for Rule by Strong Leader or Military», Pew Research Center. <http://www.pewglobal.org/2017/10/16/democracy-widely-supported-little-backing-for-rule-by-strong-leader-or-military/> [Recuperado el 10 de junio de 2018].

